

nancia. Labor efectiva, patriótica, ni siquiera la intentaron. Una oposición así, en vez de servir los intereses nacionales, resulta fatal, porque su obra es de disgregación. En esa labor se distinguieron los del cuadrilátero parlamentario de que hablaré después. Don Luis Cabrera, el señor Hernández Jáuregui y los elementos del partido evolucionista.



CAPITULO XXIX.

OROZCO-VAZQUEZ GOMEZ

La revolución del Norte había comenzado siendo vazquista, esto es, adoptando como jefe de la revuelta al licenciado don Emilio Vázquez Gómez (1) que había desaparecido de la Ciudad de México, y hecho su aparición en San Antonio, Texas; pero bien pronto la revolución dejó de tener tal carácter, y se convirtió en meramente anti-gobiernista.

El doctor Francisco Vázquez Gómez, que había permanecido en la ciudad de México, fué aprehendido una mañana en la puerta de su casa, en los momentos en que montaba en automóvil, según dijo, para ir a una finca de campo que posee en las inmediaciones del Dis-

(1)—Orozco se pronunció el domingo 3 de Marzo, pero sus proclamas no se repartieron hasta el día siguiente. El Miércoles ó hubo una gran reunión en el llano de la Empacadora a la que concurrieron don David de la Fuente, Salazar, Campa y demás caudillos. En esa reunión quedó acordado reconocer como jefe de la rebelión al licenciado Vázquez Gómez; pero a los pocos días aparecieron nuevas proclamas en las que se desconocía al señor Vázquez Gómez, y con tendencias notoriamente en favor de los señores Terrazas. Como este cambio coincidió con la llegada del señor Enrile y con el rumor de que don Luis Terrazas había dado cien mil pesos para la revuelta, de allí nació la idea de que el movimiento era en favor de una restauración del régimen porfirista.

Zapata, en Morelos, al tener conocimiento de que se había desconocido a don Emilio Vázquez Gómez, desconoció a su vez a Orozco, lo declaró traidor y ordenó fuera fusilado por la espalda si caía en poder de sus huestes.

trito Federal. Consignado a las autoridades federales, consiguió su libertad, no obstante que el telegrafista del Ministerio de Hacienda, según se decía, había sorprendido un telegrama en clave dirigido al doctor y que demostraba su connivencia con las huestes de Zapata. En ese telegrama fundó el Gobierno la acusación que hacía al doctor Vázquez Gómez de complicidad con los revolucionarios.

Que el doctor Francisco Vázquez Gómez tenía relaciones con los revolucionarios, es cuestión, en mi concepto, perfectamente clara. El cabecilla Limón, los Sámano, y demás revolucionarios del Estado de México, que tenían inteligencia con Zapata, recibían instrucciones y recursos del mencionado doctor, o de algún comité que él presidía, por conducto del Diputado don Pedro Galicia Rodríguez. Digo esto porque en mis manos estuvo la carta de Limón y demás cabecillas, dirigida al señor Galicia Rodríguez, en la que se quejaban de que el doctor no les cumplía lo pactado, esto es, no les enviaba dinero y municiones en la forma estipulada y amenazaban al comité con abandonar la causa vazquista, si no se les hacían las remesas en las fechas que se habían comprometido. Dos meses después de que esta carta estuvo en poder del señor Galicia Rodríguez, Limón y los Sámano estaban levantados en el Estado de México, sin cometer verdaderos robos, pagando generalmente lo que consumían y con parque en abundancia. Limón estuvo en armas hasta el triunfo del cuartelazo de la Ciudadela, en que fué ejecutado por los federales del Estado de México, según se dijo, por un error. La mejor prueba de la inteligencia del Dr. Vázquez Gómez con Zapata, es la carta que en seguida copio y en la que declara expresamente, que la revuelta que encabeza éste, es una re-

volución de principios, y que el Plan de Ayala—que es el que expidió Zapata al rebelarse y redactó el propio señor Vázquez Gómez—es el eco claro y definido de una revolución agraria que salvará al País. La carta fué publicada en "El País" de 19 de Junio de 1913 y dice así:

"Washington, Junio 4 de 1913.—Sr. Director de "El País."—México.

Muy señor mío de mi respeto:

Aunque con mucho retardo, han llegado a mi poder algunos ejemplares de periódicos editados en español, tanto de esa Capital como de la frontera Sur de este País; y en ellos he leído artículos y noticias; infundados los unos e inexactas las otras; todo con motivo de mi último viaje a la frontera Norte de México.

Para no hacer muy larga esta carta, voy a rectificar las noticias; porque los artículos, desde el momento en que son escritos por mis anónimos enemigos políticos, no merecen contestación; pues los cargos que se me hacen en ellos, son exactamente iguales a los que se me hicieron el año de 1912 e idénticos sus autores; y en cuanto a su falsedad, puede decirse que ha pasado en autoridad de cosa juzgada.

Por lo que hace a las noticias, que son las que publica la prensa de esa Ciudad, voy a rectificar las más importantes.

Se ha dicho que los revolucionarios del Norte declararon proclamarme Presidente provisional, tan luego como el gobierno de este País reconociera la beligerancia de esta revolución, esto es absolutamente inexacto; pues en la conferencia que tuve en Piedras Negras con el señor don Venustiano Carranza, ni siquiera se hizo mención de ésto. Además, el gobierno americano ha di-

cho, y en mi concepto tiene razón, que no reconocerá a los gobiernos emanados de la violencia.

Tal vez esta apreciación mía, cause extrañeza a muchos que no buscan sino lo que por el momento pueda favorecerles, pero yo, como de costumbre, busco de preferencia lo que realmente favorece a nuestro País. Por este motivo, juzgo que el precedente establecido por el Presidente Wilson, es una garantía para los gobiernos legítimos de los países que, como el nuestro, son a menudo el teatro de revoluciones políticas. Tal vez yo esté en un error; mas, como quiera que sea, pienso de buena fe.

Se ha dicho que hago trabajos entre los revolucionarios, para que se me nombre Presidente provisional al triunfo de la revolución. Esto es absolutamente inexacto y falso; y no habrá un revolucionario que pueda dar fe de dichos trabajos. Estos rumores tienen un origen que todo mundo conoce, y voy a recordar en unos cuantos renglones.

Políticamente, yo figuré en segundo lugar en la revolución de 1910. A mis esfuerzos, por más que hoy lo nieguen mis enemigos, se debió que la revolución no fracasara completamente desde las negociaciones de Ciudad Juárez. A no haber sido por las intrigas bien conocidas de todos, yo habría sido electo Vicepresidente de la República. A mi eliminación de la política, siguió el fracaso completo de la revolución de 1910, sin que yo tenga la pretensión de pensar que este fracaso se debió a aquella eliminación.

Ahora bien; estos hechos y otros que callo, porque no trato de hacer historia, son el origen de la simpatía que me tienen los revolucionarios de 1910, que en su mayor parte han vuelto a tomar las armas; pero entre esta

simpatía y el caudillaje, hay una diferencia muy grande.

Algún periódico de esa Capital, ha dicho que los trabajos de que se me supone autor, no están de acuerdo con mis ideas sobre la idea revolucionaria y sería real ese desacuerdo, si fueran ciertos los hechos que se me imputan; pero como éstos son falsos, ratifico mis ideas y sigo creyendo que si hubiese habido la unión revolucionaria, el País se habría salvado de la anarquía y de todas sus consecuencias. Para demostrar que tengo razón, no hay necesidad de ir a buscar las pruebas muy lejos; porque después de un movimiento armado en la Capital, que cambió el orden de las cosas y estableció un precedente muy grave para el País, éste continúa en plena revolución, sin que podamos decir cómo ni cuando terminará.

Pero así como soy amigo de la unión revolucionaria, cuando la revolución existe como un hecho real y no imaginario; soy absolutamente enemigo de las revoluciones, cuando éstas no tienen más objeto que cambiar el personal del Gobierno; porque este cambio, como se ha visto entre nosotros, no produce un resultado que valga la sangre que se derrama.

Por fortuna, la revolución de 1910, no tuvo por principal objetivo cambiar el personal del Gobierno; sino que luchó por implantar una verdadera reforma, por resolver el problema agrario, para mejorar las condiciones económicas del País y asegurar el bienestar de las libertades del pueblo.

ESTA REVOLUCION AGRARIA, apenas bosquejada en 1910, y entonces no comprendida por muchos. HA TENIDO SU ECO CLARO Y BIEN DEFINIDO EN EL PLAN DE AYALA: es una revolución de principios y

no personalista, que nació a favor de hombres, lo cual es una ventaja; porque cuando éstos son los que sirven de bandera, el caudillo o el jefe, al triunfar, establece casi siempre un gobierno personalista, dictatorial y tiránico, esterilizando de esta manera los sacrificios del pueblo. Nuestra historia contemporánea está plagada de ejemplos que comprueban esta aseveración.

En consecuencia; CONVENCIDO COMO ESTOY, DE LAS VERDADERAS TENDENCIAS DE LA PRESENTE REVOLUCION, mis trabajos, no pueden dirigirse a favor de un hombre, ni de mí mismo; porque antes que nadie están los principios; que han de llevarlos a la realidad de los hechos.

Rogando a usted señor Director, que se sirva mandar publicar esta carta en su acreditado periódico, por lo que le anticipo las gracias, quedo su afectísimo, y muy atento servidor.—Firmado: **Dr. Francisco Vázquez Gómez.**

En el Norte, como ya lo he dicho, la revuelta había comenzado con carácter netamente vazquista y aún llegó el licenciado don Emilio Vázquez Gómez a presentarse en Ciudad Juárez, donde fué recibido con honores de Presidente de la República, por el propio padre del caudillo de la revuelta en Chihuahua, General Pascual Orozco, hijo; pero al siguiente día se libraron órdenes terminantes y se le desconoció por los mismos revolucionarios el título que se le había dado, ordenándole que abandonara el territorio nacional.

La revuelta quedó sin caudillo ostensible.

Meses después, en Diciembre, se publicó un manifiesto firmado por los principales jefes de la revuelta, en el que se adherían al plan proclamado por el General Gaudencio González de la Llave, en el Estado de Puebla

y que llevaba la fecha de 22 de Septiembre del mismo año.

También la revolución iniciada en Sinaloa, había tenido al principio un carácter vazquista, pero después reconoció como único jefe a Pascual Orozco.

Todos los que tenían ambiciones o de alguna manera buscaban la caída de Madero, procuraron atraerse a Orozco, que se presentaba como un caudillo excepcional y de verdadero prestigio. Hasta el mismo Gobierno, por conducto del Ministro de Gobernación, licenciado don Jesús Flores Magón, envió agentes que trataran con el cabecilla rebelde; con tal misión, fué el Diputado don Juan Sarabia, pero no pudo entenderse con él, y las negociaciones quedaron rotas.

La liga de la Defensa Social, que presidía el ex-Ministro de Gobernación, don Alberto García Granados, también entró en tratos con Orozco, sin que llegaran a otra cosa que a muy buenas palabras y corteses relaciones que para nada comprometían al jefe de la revolución.



CAPITULO XXX.

BACHIMBA

Siendo el núcleo de la revuelta, Pascual Orozco, que después del triunfo de Rellano había marchado hacia el Sur, ocupando Escalón, Zavalza, Conejos, aproximándose a Torreón, el Gobierno estimó que debía impedir a todo trance el avance del cabecilla, y envió un fuerte contingente de tropas, a cuyo frente puso al General don Victoriano Huerta. El General Huerta, por ser el jefe que estaba más a mano, había escoltado al General Díaz, cuando emprendió la fuga para Veracruz, y después había tenido el mando de la columna que operaba contra Zapata, en el Estado de Morelos, durante el Gobierno del señor de la Barra. Era conocido del Ejército y tenía cierta capacidad militar, pues no sólo había hecho su carrera científica, cursando en el Colegio Militar todas las asignaturas, hasta salir con el grado de Teniente de Estado Mayor Especial, sino que había estado al frente del 3er. Batallón de Infantería durante la campaña contra los rebeldes del Estado de Guerrero que encabezaba el General Neri. Más tarde, había sido enviado a Yucatán como segundo jefe de las fuerzas que operaban contra los indios mayas en el Territorio de Quintana Roo, (1) hombre astuto y de práctica militar,

(1)—En todos estos mandos había dejado reputación de poco escrupuloso en asuntos de dinero y sanguinario.

comenzó con toda calma a hacer sus preparativos, saliendo de México para ponerse al frente del Cuerpo de Ejército que estaba a sus órdenes, el día 10 del mes de Abril. El General Huerta se dirigió primero a Monterrey, donde conferenció con el General Gerónimo Treviño, Jefe de la Tercera Zona Militar, y de allí se dirigió a Torreón, donde comenzó sus preparativos, reorganizando las fuerzas que había dejado el General González Salas. Por su parte, el General Treviño había organizado también fuerzas, y pudo poner a las órdenes del nuevo jefe de la campaña, más de tres mil soldados fronterizos, habituados al clima y a la guerra en aquellas regiones.

El General Huerta, en los últimos días de Abril, inició el movimiento sobre las posiciones que tenía Orozco, y al efecto, desprendió de su columna al Coronel Mercado con un tren de reparaciones hacia Bermejillo. El Coronel Mercado tenía que recorrer, desde Bermejillo hasta Escalón, ciento veintidós kilómetros, y como se hallaban quemados todos los puentes y destruida la vía, la marcha del Ejército se hizo lentamente. Orozco, mientras tanto, avanzaba hacia el Sur, habiendo situado su Cuartel General en Escalón, así es que después de las intentonas que hizo para flanquear a las fuerzas del General Huerta, que dieron lugar a los combates de Tlahualilo y Cuatro Ciénegas, el encuentro se efectuó el once de Mayo, a ocho kilómetros de la Estación de Conejos, resolviéndose la batalla el día doce, con la retirada de Orozco hacia el Norte, tomando posiciones entre Asúnsolo y Corralitos.

La nueva batalla se libró en los días 22 y 23 de Mayo, en el cañón de Rellano, y otra vez la artillería jugó un papel decisivo en la lucha; las tropas rebeldes tuvie-

ron que retirarse violentamente hacia Jiménez, para encontrarse nuevamente con las federales en Bachimba.

Mientras Orozco libraba los combates de Conejos y Rellano, había enviado a sus lugartenientes a hacer movimientos envolventes, con la mira de cortar la retirada al General Huerta. Los fracasos de Tlahualilo y Cuatro Ciénegas no le arredraron y ordenó que Campa y Argumedo salieran para el Sur, con la intención de tomar Torreón, que acababa de dejar el General Huerta. Las fuerzas rebeldes encontraron en Velardeña y derrotaron al Coronel Peña, que mandaba las fuerzas federales, haciéndolo retirarse a Pedriceña y Nazas, hasta Picardías. Allí se encontraron el Coronel Peña y el Brigadier Blanquete, que, enviado violentamente al Norte, al comunicar el General Huerta las noticias que tenía sobre los movimientos de los lugartenientes de Orozco, había tomado contacto con los revolucionarios en la Loma, punto cercano a Avilés, como a veinticinco kilómetros de Torreón, emprendiendo el ataque contra las fuerzas de Argumedo que había quedado solo, pues Campa había ido en auxilio de Orozco batido por el General Huerta, el mismo día que los rebeldes derrotaban al Brigadier Blanquete (el 22 de Mayo). Recuperadas por el Gobierno Nazas, Pedriceña y Velardeña, quedó Torreón a salvo de la intentona y cubierta la retaguardia del General Huerta, quien pudo entonces marchar con toda confianza sobre Orozco para librar el combate de Bachimba.

Antes de efectuarse el combate de Bachimba, el General Huerta ordenó la concentración de todas las fuerzas que se encontraban en las inmediaciones, entre ellas, la de Francisco Villa, antiguo revolucionario con Orozco, y en aquellos momentos jefe de un cuerpo de Rura-

les al servicio del Gobierno. Villa llegó al campamento del General Huerta procedente de Parral, donde sus fuerzas habían cometido algunas tropelías, entre ellas, la de apropiarse un caballo fino perteneciente a uno de los vecinos más caracterizados de la población. El dueño del animal acudió al General Huerta, Jefe de la columna y le pidió ordenara la devolución de la bestia. El General Huerta, a quien gustó el animal, ordenó que el caballo fuese llevado al Cuartel General; pero al recibir Villa tal orden, rehusó obedecerla. Sobrevino un conflicto que dió lugar a la prisión de Villa el 4 de Junio, ordenando el General en Jefe, que fuera fusilado inmediatamente. Los hermanos del Presidente, Raúl y Emilio Madero, que iban en la columna como jefes de cuerpos rurales, intercedieron en favor de Villa. También intervino el Coronel Rubio Navarrete y el General Rábago, que era el encargado de la ejecución, recibió cuatro o cinco órdenes diferentes sobre el particular, hasta que informado don Francisco I. Madero por telégrafo, ordenó al General Huerta suspendiera la ejecución y enviara a Villa preso a la ciudad de México.

Salvado Villa de la muerte, no obstante que el General Huerta ordenó a alguno de los Jefes Militares que estaban en el camino por donde debía pasar, que le aplicara la "ley fuga" (2) al llegar a México, fué internado en la prisión de Santiago, de donde a poco se le dejó fugar, proveyéndosele de elementos para que huyera a los Estados Unidos.

En su avance el General Huerta, poco antes de salir de Santa Rosalía, recibió la visita de don Abraham Gon-

(2)—El General Rivera, Jefe de la 5a. Zona, cuyo cuartel era San Luis, recibió telegrama de Huerta en tal sentido, pero no quiso obsequiar la orden. Oí al General Rivera relatar esto.

zález, Gobernador del Estado de Chihuahua, que había tenido necesidad de ocultarse al apoderarse de la Capital Orozco.

También se incorporó a la columna del General Huerta el General Sanginés, que desde Ojinaga había emprendido la marcha para unírsele y el Coronel Ortega, que procedente de Cuchillo Parado, también había recibido la mismo orden. El General Huerta hizo sus preparativos de ataque y la batalla comenzó a las nueve de la mañana del tres de Julio, resolviéndose a las cinco de la tarde, con la derrota completa de las fuerzas rebeldes, cosa que sólo pudo comprobar el General en Jefe hasta el día siguiente al ver que el fuego no era contestado. Mandó hacer una exploración, y ella demostró que desde la víspera en la noche, el enemigo había abandonado el campo.

Las fuerzas de Orozco se reorganizaron en Mápula, pero no detuvieron su marcha, y sin entrar en la Ciudad de Chihuahua, siguieron hasta Moctezuma. Deshechas las fuerzas de Orozco en su potente núcleo, comenzó la guerra de guerrillas que debía durar hasta el cuartelazo de la Ciudadela. Orozco enfermó a poco, y tuvo que esconderse para atender a su curación, quedando de hecho, como jefe de la rebelión, José Inés Salazar.

También el General Huerta tuvo que dejar el mando de la columna para ir a la Ciudad de México, a curarse una afección de los ojos que amenazaba dejarlo ciego. Al llegar, fué ascendido a divisionario, entrando en el Sanatorio del doctor Aureliano Urrutia, para que le fuera practicada la operación en los ojos; operación que hizo el hábil cirujano a los pocos días. Pero ya no volvió el General Huerta a tomar el mando de la columna. El Gobierno, por razones que no dió a conocer, pero

que indudablemente significaban una desconfianza para el Jefe de la División, la fraccionó, quedando encomendado el mando de parte de ella, al General Antonio Rábago, y la otra al General Joaquín Téllez. El General Sanginés, que también tuvo el mando de una parte de las tropas allí reunidas, fué llamado a México, lo mismo que el Coronel Rubio Navarrete, jefe de la artillería. Estos dos jefes, eran de toda la confianza del General Huerta.

El General Huerta quedó profundamente disgustado con el Gobierno, que estuvo engañándolo durante mucho tiempo, diciéndole que dentro de unos días recibiría orden de volver al frente de la División y comenzó a conspirar, hablando con los jefes y oficiales que iban a verlo al Sanatorio: también, según decía, estaba disgustado, porque a los jefes que le habían ayudado en la campaña, no se les premiaba como él deseaba. Al Brigadier Blanquete, que se había batido desde la caída del Gobierno del General Díaz, sin tregua, ni descanso; que había sido herido en la batalla de Bellano, a las órdenes del General González Salas; que después había sostenido tan valientemente la retaguardia del General Huerta; y que en aquellos momentos había sido enviado al Estado de México para sofocar el zapatismo, que había invadido los Estados limítrofes a Morelos, no se le había concedido el ascenso que legítimamente tenía ganado.

El elemento militar estaba con este motivo muy disgustado. Los amigos de don Victoriano Huerta decían que no se le había ascendido sino después de la batalla de Bachimba, cuando los Generales Lauro Villar, José María Mier y José María de la Vega, lo habían sido desde el mes de Diciembre anterior, y después, sin haber

salido a campaña, habían sido ascendidos a divisionarios los Generales Clemente Villaseñor, Angel García Peña, Manuel Plata y Emiliano Lojero. Cierta que algunos de los ascensos, como el del General Villar, era perfectamente justificado; pero ninguno de los otros Generales ascendidos a divisionarios, se había batido en favor del Gobierno del señor Madero, como el General Huerta.

Lo mismo sucedía con el General Juvencio Robles, que se había batido seis meses seguidos en Morelos, y tampoco se habían premiado sus servicios.

Si el Gobierno no hubiera hecho ascensos, seguramente que ninguno de los Generales se habría sentido lastimado; pero el señor Madero ascendía a divisionarios a jefes que jamás habían estado en un combate, con detrimento de los que le servían con lealtad y empeño o de los que se creían con derecho al ascenso por antigüedad.

En Oaxaca, y a raíz de la muerte del Gobernador, señor Juárez Maza, acaecida el 20 de Abril en la noche, se había suscitado una revuelta de los serranos, esto es, de los vecinos de la Sierra de Ixtlán, y para sofocarla, el Gobierno envió al Brigadier don Manuel Rivera, que estaba encargado de la Quinta Zona Militar, cuya matriz está en la ciudad de San Luis Potosí. El señor Rivera, con prudencia y tacto, logró apaciguar el movimiento, castigando severamente a los promotores del motín. Tampoco fué ascendido por el Gobierno que resueltamente parecía querer lastimar a los mejores jefes del Ejército y que mejor le servían. (3)

(3)—Al Brigadier Rivera al fin lo ascendió el señor Madero en los últimos días de su Gobierno, aprobándose el ascenso cuando ya había caído el Gobierno legítimo. Véase el capítulo XII, parte final.

CAPITULO XXXI.

LAS ELECCIONES EN VERACRUZ

Los Gobernadores que al triunfo de la revolución habían sido electos para concluir los períodos de sus antecesores, estaban acabando sus respectivos términos; había por lo tanto, que hacer elecciones en Veracruz y en Puebla, y en Oaxaca con motivo de la muerte del Gobernador Constitucional.

Otra vez el señor Madero se enredó en las cuestiones electorales de dichos Estados; la de Veracruz, sobre todo, dió lugar a escándalos lamentables.

En Veracruz habían aparecido muchos candidatos; pero los serios eran, el diputado al Congreso Federal, don Guillermo Pous, hombre bondadoso, inteligente, de amplio criterio y conecedor de la política del Estado: hacendado en la Costa de Sotavento y muy querido en toda la región. Don Adrián Carranza, comerciante honorable de la Ciudad de Veracruz, muy popular en el puerto, pero poco conocido en el resto del Estado. Don Antonio Pérez Rivera, vecino de Xalapa, hombre culto, inteligente, pero violento y apasionado; bien conocido y estimado en la parte central del Estado, (1)

(1)—El señor Pérez Rivera, en un momento de violencia, se presentó en la imprenta donde se había impreso una hoja atacándolo, pretendiendo golpear al impresor, por lo que fué acusado de allanamiento de morada. El señor Pérez Rivera aseguró que sólo iba a cerciorarse de que allí se había hecho la impresión.